—Para que le encuentre aquí el señor Crocker y le rompa la otra garra.

De repente Susana se desasió de los brazos de la marquesa y se dirigió corriendo hacia Pedro de Kerdaniel, que permanecía medio escondido:

—¡Ah, querido amigo! ¡Estabais ahí medio escondido! ¡Qué aventuras ocurren en este Paris!

Y abrazándose al breton ocultó la cabeza en su pecho.

Algunos momentos después dos carruajes llevaban hacia la calle de la Paix á los actores de esta escena.

Buscare se quedó en el cuarto de la bailarina, hasta que llegó el médico y dijo:

—No hay cuidado; esto se cura con seis semanitas de cama. ¿Pero cómo ha ocurrido esto?

El señor Jeromo se restregaba las manos de gusto.

En la calle de la Paix el marqués, que habia llegado á Paris en el último tren de la tarde, esperaba al duque de Lusay y á su mujer.

La escena que se desarrolló entre ellos, no debemos referirla.

Gabriela, encantada, dijo á su marido, al mismo tiempo que empujó á Susana entre sus brazos:

—Ahora seremos dos para quererte.

La mirada que el antiguo amante de la de Busey dirigió á su mujer, la recompensó de todo cuanto habia hecho; pero casi en seguida su rostro se entristeció, y muy bajito dijo á Gabriela:

—Tengo que cumplir un triste deber.

—¿Cuál?

—Lee.

Le entregó un telegrama que le habia obligado á ir á París.

Era del doctor Rebul.

«La señora condesa de Busey os ruega que la asistais en sus últimos momentos. Espera de la generosidad de la señora marquesa de Bordes esta suprema caridad.

»Doctor Rebul.»

El telegrama estaba fechado en Louvilly.

Habia sido entregado al marqués de Bordes por su fiel Rubol en el momento en que su amo volvia á su casa.

El doctor Rebul lo habia expedido ya bastante entrada la noche.

XVII

Asesinato moral.

Las personas que hubiesen deseado ver aquel dia al reverendo Huchar, el socio de aquel otro malhechor, llamado Fribur, y que además era jorobado, le hubieran buscado en vano en París.

La víspera por la tarde, Huchar, después de una conferencia con su cómplice, habia doblado cuidadosamente varios papelotes, los habia guardado en una carpeta, puso el todo debajo de su brazo, alquiló un coche y se dirigió á la estación de Lyon.

Compró un billete de ida y vuelta de pri-

mera clase, se metió en un departamento donde habia poca gente, se arrellanó cómodamente en un rincón, con el fin de pasar una buena noche, y empezó á hacer cálculos sobre sus esperanzas.

El tal Huchar era seguramente uno de los seres más perversos de la creación; pero se puede asegurar con franqueza que era un hombre hecho para inspirar confianza.

El conjunto de su persona y de su vestido es curioso de describir.

Basilio y Tartufe, modernizados, hubieran podido tomar su tipo para presentarse en escena.

La larga levita negra, su sombrero de anchas alas, su cuello tieso como el de un reverendo metodista, su corbata blanca, sus arrugados rasgos, su cara sin pelo de barba, sus labios finos, sus ojos grises, apagados y graves, su aspecto austero y reservado, debían tranquilizar al ser más receloso y desconfiado.

Llegó muy de mañana á Chateau-Chinon, se apeó en el hotel donde tuvo lugar la conferencia de Juan Redon y de la condesa de Busey cuando el emigrante regresó á Francia para comprar la posesión llamada Sobajere, y allí, á pesar de sus exterioridades de asceta, hizo que le sirvieran un suculento almuerzo.

La mesa siempre ha sido buena en el León de Oro; pero aquel día, la cocinera rayó á gran altura.

Para un personaje de aspecto tan grave, tan lleno de virtudes, casi dotado de la noble cabeza de un obispo envejecido en sus funciones,

nada debía ser ni demasiado fino ni en exceso delicado.

Después de la trucha asalmonada, la ternera con guisantes, la chuleta reglamentaria y la perdiz asada y envuelta púdicamente en hojas de parra, completó aquella comida de prelado.

Huchar saboreó una taza de excelente Moka, una copita de fino Champagne, y montó en el coche que había alquilado á la puerta del hotel.

Antes de dar al cochero la orden de marcha, tuvo con el dueño una conversación destinada á ponerle al corriente de la vida y milagros de las gentes del país.

Iba allí para tratar un asunto en estremo importante, con la señora condesa de Busey, dama de gran importancia y muy respetable.

—Sí, es cierto.

—¿Muy caritativa?

—Más de lo que nadie se puede imaginar.

—¿La señora condesa de Busey no había sido casada dos veces... una con un tal Juan Redon que se habia marchado?...

—A América caballero.

—¿Pero habia vuelto?

—Hacia unos cuantos meses.

—¿Habian tenido hijos?... Dos... ¿Dos niñas?...

—La mayor está con el padre.

En la posesión conocida por la Sobajere.

—Puede darsele el nombre de castillo... es una finca magnífica.

—¡Oh! pero no tiene comparación con el de la señora condesa, afirmó Huchar.

—Como ese no le hay en toda la provincia. Las fincas de la señora condesa son inumerables, su palacio digno de un principe.

—Lo sé, lo sé—dijo el estimable socio de Fribur—conozco al dedillo los asuntos de la condesa... ¡Por más que sea rica la pobre señora no es feliz!

—Es cierto, desde hace algun tiempo todo el mundo nota su inmortal tristeza... Y esta tristeza segun se dice va en aumento de dia en dia.

Sus criados están desanimados.

Huchar levantó los ojos al cielo.

La noticia de la cual era el mensajero no debía dulcificar el dolor de la condesa.

¡Oh! ¡no!

Dió al conductor la orden de ponerse en camino. Se inclinó sobre la portezuela del coche, pronunció un «os doy mil gracias, caballero,» lleno de gratitud, y los caballos que arrastraban el carruaje sacudieron sus cascabeles y se pusieron en marcha.

Por el camino iba recapacitando el asunto.

La condesa. en su última entrevista con él en el hotel de Busey, le había tratado con mucha altaneria en presencia del capitán Tonelie, que á su vez le miraba con muy malos ojos desde el rincon donde se hallaba sentado.

Era preciso terminar con aquel negocio de la niña perdida y que no había medio de encontrar.

La señora de Busey se había expresado con demasiada claridad.

Queria una solucion, saber lo que había sido de su hija.

¡Muerta ó viva!

En una palabra, se cansaba extrañándose de haber gastado tanto dinero sin obtener ningún resultado.

Y, en efecto, tenia razon.

El astuto Huchar no tenia más remedio que reconocerlo.

Buscare, que habia estado rodando por cuenta de la agencia dos meses por el Morbihan en busca de la viuda de Rufin, hubiera debido encontrarla sin gran trabajo, sobre todo cuando hizo su primer viaje á Bretaña.

—¡Que demontre, una provincia no es tan grande y no tiene un numero grandísimo de ciudades y aldeas!

Habia debido ocurrir algo raro.

Fribur tenía una confianza ciega en Buscare.

Era una tontería, una locura.

El Huchar desconfiaba de todo el mundo, y Buscare no le habia gustado nunca.

Las malas pasadas que debía haberles jugado aquel tunante debían ser incalculables.

Era muy astuto aquel demonio.

En el asunto de Susana no habian sabido nada, por más vueltas que habian dado.

Hasta el mismo Huchar habia perdido los latines.

De modo que era preciso tomar las cosas en el punto en que se hallaban.

La condesa quería á su hija viva ó muerta, su persona ó su tumba.

Pues bien; como no podían dársela de un modo, se la darían de otro.

La cosa no era difícil.

Después la presentarían la cuenta.

Fribur, Huchar y compañía se embolsarían la preciosa suma de cien mil francos que la condesa les habia prometido delante de aquel despojo del ejército, puesto que no podía coger los trescientos mil que les ofrecía por su hija viva.

Esto era lo que Fribur y Huchar tejían desde hacía algún tiempo, como Buscare con su buen olfato habia adivinado.

Arreglaban las cosas, fabricaban documentos, acumulaban presunciones á falta de pruebas, y aquellos documentos, aquellos papeles, era lo que Huchar iba á presentar á la aprobación de la condesa, á la desgraciada madre, haciéndola comprender la importancia que tenían. El papel le venía que ni pintado.

Con su cabeza de fraile y su color de enterrador, no se podía encontrar nada tan á propósito.

El coche seguía avanzando á buen paso.

Los caballos del Morvan gozan desde tiempo inmemorial de buena reputación, y la merecen.

Huchar no prestaba la menor atención al paisaje que tenía frente á él.

Con respecto á los bosques no había más que uno que le interesase; era el bosque de París, del cual era uno de sus roedores ó de los más distinguidos reptiles, á pesar de su honrado aspecto.

Esperaba encontrar en Busey un castillo de cierta apariencia, pero cuando se halló frente á la verja monumental del parque, y más aun cuando desembocó de la avenida de cuádruple

fila de árboles frente á la fachada suntuosa de la morada de aquella mujer, á la cual iba á explotar y que debía ser su víctima, se quedó atónito y se dijo sin poder contenerse:

—¡Caracoles! Es cien veces mejor de lo que yo me figuraba.

Encorvando el espinazo y con acento obsequioso, fué como preguntó á un lujoso criado que se hallaba en el vestíbulo:

—¿La señora condesa de Busey?

—Aquí está, caballero.

—¡Ah! Bien.

—¿A quien debo anunciar?

—Al señor Huchar.

—¿Huchar?...

—De París.

—Está bien.

El criado desapareció y volvió á poco, diciendo:

—Dignaos seguirme, caballero.

Teresa estaba en un saloncito á dos pasos de la puerta de entrada.

En el momento en que el socio de Fribur asomaba por la puerta, otro hombre también vestido de negro y corbata blanca, salía del salón.

No tenía el aspecto de Huchar.

Sin embargo, en la carpeta que llevaba debajo del brazo podia conocerse fácilmente que era un hombre de negocios. Parecia muy jovial y franco.

Su rostro era amable, y su sonrisa afable.

La condesa, que le acompañaba, le tendió la mano, diciendo:

—Muchas gracias. ¿Está todo corriente?

—Sin pero.

—Adiós entonces.

—Hasta la vista, señora condesa.

Y por lo bajo añadió algunas palabras de consuelo:

—Nada temáis... Todo se arreglará.. El tiempo...

E inclinándose cortesmente y sin bajeza, salió, después de dirigir una sonrisa á su cliente.

Era el señor Bochene, el notario de Chateau-Chinon.

Casi en seguida se oyó el ruido producido por el rodar de un cochecillo sobre la arena del jardin.

Al separarse de la condesa, el notario se habia sonreido también, pero de una manera triste, desesperada.

Ofreció un asiento al recien llegado sin pronunciar una palabra; se sentó frente á él, al lado opuesto de una mesa larga, y con las cejas fruncidas esperó.

Preciso es decir que al hallarse en presencia de aquel buitre desplumado la asaltaron los más tristes presentimientos.

Un hombre como aquel no podia ser portador más que de noticias lúgubres.

Pero estaba preparada para todo.

Desde el día de la escena que se habia desarrollado en la Roca Sangrienta no vivia.

Despreciada por una de sus hijas, creyendo á la otra muerta ó perdida para siempre, habia tomado una resolución.

El señor Bochene se llevaba su testamento.

Esto quiere decir que miraba el porvenir con los ojos de la desesperación.

Su hermosura no había sido nunca más perfecta.

La palidez la realzaba.

Era preciso conmoverse al ver aquellos negros ojos, abrasados por un fuego interior y rodeados de un circulo azulado que indicaba el insomnio y los sufrimientos.

Los cabellos abandonados á si mismos, adornaban aquella hermosa frente.

Sus labios parecian impregnados de amargura y de desprecio para todo cuanto con la vida se relacionase.

Estaba resuelta y daba pena verla.

Huchar no se emocionó.

Pensaba en los cien mil francos.

Por esta cantidad hubiese sido capaz de incendiar una población y ver con la mayor impasibilidad cómo se asaban sus habitantes

Lo único que le preocupaba era el objeto de su viaje, el lucro que tenia que realizar, el Toison de oro que tenia que llevarse, la víctima que desplumar.

Antes de decidirse á entablar la conversación, lanzó un suspiro terrorífico, por lo sincero.

Hubiérase podido creer que experimentaba uno de esos tormentos que desgarran un alma virtuosa.

—Con gran sentimiento mío, señora condesa, he tenido que encargarme de la misión que vengo á cumplir. Cuando tuve el honor de haceros mi última visita, me dijísteis que deseábais saber la verdad, por terrible que fuese...

Recalcó tanto esta última parte de la frase, que Teresa se puso densamente pálida.

El granuja añadió con voz lenta y baja:

—Nos resignamos á obedeceros.

La condesa bajó la cabeza.

Los codos se apoyaron en la mesa que les separaba y sus dedos se hundieron en los espesos cabellos que adornaban su frente.

Huchar prosiguió:

—Hace ya mucho tiempo teníamos una convicción. Esta convicción no nos atrevíamos á exponérosla... Sois madre y hubiera sido para nosotros un crimen el haber tenido que destrozar vuestro corazón. ¿Por qué no dejaros al menos ese consuelo supremo, una esperanza por vaga y por ligera que fuese?... Lo queríamos... ¡No nos lo habeis concedido!

Huchar al decir estas palabras lo hizo con severidad.

—Nos habeis acusado de insuficiencia y de inutilidad. Vuestro modo de pensar no podía perjudicar á nuestra reputación, porque es preciso que sepais, que cuanto mayores eran vuestros sacrificios, cuanto más elevada era vuestra posición, tanto más interés teníamos en probaros que sabemos cumplir con nuestro deber y que nuestra profesión, que es dificilísima, no tiene secretos para nosotros.

Abrió la carpeta y sacó de ella una infinidad de papelotes cuidadosamente ordenados.

—Hace muchos años, antes de saber que pudiéseis estar interesada en la busca de la niña, cuando el señor Redon parecía haber renunciado á su busca, bien fuese porque retrocediese ante los gastos necesarios, ó porque creyese haber dado lo suficiente para el objeto que se proponía, y que indudablemente no

tenía más objeto que el de probar que había hecho esfuerzos para poder cubrir las apariencias y poner su responsabilidad á cubierto, seguimos este asunto por cuenta nuestra, porque nos parecía interesante, porque habíamos descubierto ciertos indicios que nos parecían interesantes.

—Dejaos de preliminares, os lo ruego—dijo de repente Teresa levantando la cabeza.

—Pues vamos al grano.

—Sí; al hecho.

—Es tan doloroso para vos, que no me atrevo, señora condesa...

—Vamos, ¿qué queréis decir? ¿Que mi hija Raimunda ha muerto?

—Pero...

—¡Sed claro!... ¿Todo ha terminado? ¿No existe?

Huchar extendió el brazo haciendo un movimiento lleno de compasión.

—Esta es, por lo menos, nuestra opinión, señora condesa.

—Os he preguntado dónde está su tumba.

Huchar, cada vez más conmovido, declaró con voz temblona.

—No os quedará ni aun el consuelo de saberlo.

—¿Por qué?

—Porque no la ha tenido nunca.

—¿Dónde está la prueba?

Huchar desdobló un periódico, completamente borroso y amarillento por el tiempo.

—Aquí la tenéis, señora condesa, apoyada por otras muchas.

En seguida añadió:

—Ya os habia dicho que habiamos descubierto indicios. Voy á deciros cómo nuestro oficio consiste en husmearlo todo, en rebuscar, en indagar y en preguntar. En un principio, que la viuda encargada de vuestra hija se habia retirado á Bretaña. A fuerza de pesquisas y de diligencias, hemos averiguado lo contrario. Aquí tenéis una declaracion del cochero que llevó á la nodriza y á la niña, no á la estación del Oeste, sino á la de Orleans, donde tomó billete para un pueblo de la Loira, para Varades, que está á unos cuantos kilómetros de Ancenis. Esta declaracion la tenemos hace ya mucho tiempo... Podéis enteraros.

Se la presentó á la condesa, que la rechazó.

—Es inútil—murmuró.

Huchar prosiguió:

—Este hombre, hoy difunto, gozaba de una reputación excelente. Confiesa haber cargado, esta es la expresion que emplean los cocheros, á la viuda y á la niña en el hotel donde se hospedaron cuando á su paso se detuvieron en París, y haberlas llevado á la estacion de Orleans, y como no estaba acostumbrada y la niña la molestaba, por complacencia él se encargó de sacar el billete é hizo después facturar el baúl. Una vez establecido esto con tanta precision para nosotros, ¿qué nos quedaba que hacer?

Teresa miraba al farsante con ojos muy penetrantes. Su desconfianza no habia desaparecido por completo.

Huchar permaneció tan impasible como un uez en su asiento, y prosiguió con el mismo acento grave y convencido:

Sin dar una importancia exclusiva á esta declaración, esto debió llamar nuestra atención.

»No dejamos por eso de hacer registrar el Morvihan hasta en sus últimos rincones, por decirlo así.

»No encontrando absolutamente nada, tuvimos que volvernos hacia otro lado. Entonces enviamos dos agentes reputadísimos al país que el cochero nos indicaba. Yo mismo fuí; compré una infinidad de colecciones de periódicos. Y hé aquí por fin lo que logré saber:

«Próximamenie en la época en que la viuda de Rufin se marchó de París, se vió en las cercanías de Aucenis una mujer vestida de negro, acompañada de una niña, vagar de pueblo en pueblo, sin fijar residencia en ninguna parte.

»Era muy buena, muy honrada y no pedía nada á nadie.

«Según decía, iba buscando una casa para alquilarla y no encontraba ninguna que le agradase.

»Su razon parecia debilitada y la memoria no existía, pero como era completamente inofensiva, la dejaban que fuese donde se le antojara.

»Se hospedó en varias posadas; gastaba muy poco, pero pagaba todo cuanto debia, sin que nunca tuviese que oir la menor queja.

»Las señas corresponden perfectamente á las de la viuda de Rufin, si se han de tener en cuenta los datos que nos proporcionó el doctor Rebul de Milly, que fué el encargado por el señor Redon de este asunto.

»La niña que con ella llevaba, segun afir-

man todos los testigos, era rubia y tenia unos ojos encantadores. Su vestido era muy superior á la manera de vestir de su madre ó de su nodriza.

»Se notó la presencia de aquella mujer y de aquella niña durante dos meses, al cabo de cuyo tiempo desaparecieron de repente.

»Aunque no tenian parientes en la región y aunque en realidad nadie tuviese interés por ella, su desaparicion produjo alguna inquietud y la justicia abrió una informacion, que dió por resultado lo siguiente:

»Se encontró á orillas del Loira, y á poca distancia de un pueblecillo llamado Sargé, parte de los vestidos de una niña. y un poco más lejos, en un sendero, la cofia y la toquilla que habian pertenecido á la bretona.

»Además, unos pescadores sacaron del rio, en el puerto de Sain-Jean-le-Grand, tres leguas mas abajo de Ancenis, un sombrerito que todo el mundo reconoció por haber pertenecido á la niña.

—¿Dónde está la prueba?—preguntó la madre con bronca voz.

—Hay presunciones que reunidas forman en junto un montón de ellas—dijo solemnemente Huchar.—Pudimos reunirlas en tan gran número, pero llegamos á asustarnos. Queríamos callarnos, señora condesa. ¿Por qué nos habéis obligado á hablar?

—Porque para mí cualquier cosa es preferible á la incertidumbre en que me hallo... ¡La verdad!...

Huchar entregó á la condesa un periódico, y señalando con el dedo, dijo:

—Leed; ahí la tenéis.

Era una hoja de papel amarillento que llevaba impreso en tipos muy gruesos el título siguiente:

EL ESPIGADOR DE LA VENDÉE.

¿Dónde se habia publicado?

Mirándole detenidamente, hubiese podido verse que en Beaupreau, que está cerca de Ancenis.

Pero la condesa, á pesar de sus sospechas, á pesar de su talento, estaba demasiado preocupada para dar importancia á semejante detalle.

El dedo indicador de Huchar la señalaba una columna rodeada de una raya hecha con lápiz colorado.

El lúgubre encuentro estaba expuesto con un lujo de detalles, que diestramente agrupados formaban, en efecto, el montón de presunciones con las cuales el odioso malhechor habia aterrorizado á la condesa.

Lo leyó hasta la última línea sin dar la menor señal de emoción.

En seguida entregó el periódico á Huchar, que iba á empezar la exposición de una nueva serie de documentos que llevaba en aquella inagotable cartera.

Teresa le detuvo con ademán triste, diciendo:

—¡Basta!

—¿Estáis convencida?

—Sí.

—No os podéis imaginar hasta qué punto